

Federico Aguiló

los franceses ante la emigración española

Emigrar no quiere decir abandonar una Patria y una Religión, tierras y amistades, un humanismo y unos valores. Es más bien llevarse consigo este bagaje espiritual para confrontarlo, purificarlo e integrarlo al contacto con otros hombres y otros valores; emigrar no es negar lo propio ni lo ajeno: es hacer una síntesis de los valores compatibles y hermanables, a la vez que mantener fidelidad a los principios que han forjado la personalidad.

Se puede decir, sin peligro de mayor error, que Francia es hoy uno de los países europeos más hospitalarios para los emigrantes. En plena expansión, busca la manera de conservar su ritmo económico ascendente absorbiendo una mano de obra de bastante fácil adquisición. Sin embargo, cuando decimos «Francia» o «Emigración» decimos demasiadas cosas a la vez. Nuestro intento es precisamente explorar un aspecto concreto de estos fenómenos para detectar una serie de problemas psicosociológicos y morales inherentes a los mismos.

Hasta ahora generalmente los estudios sobre emigración ha versado sobre los aspectos más personales: los móviles de la partida, el desarraigo psicológico, las dificultades que encuentra, etc.,. Muchas veces estos estudios han tenido la más o menos oculta intención de ser un toque de alarma, un argumento contra la emigración o, al menos, de disuasión frente a los más tentados de probar la aventura. Sin embargo, el ritmo migratorio sigue su curso inexorable: es un imán que atrae fuertemente. No es una simple corriente magnética «uni-lineal». Hay flujo y reflujo constante, atracción y repulsión. Se opera constantemente un proceso de selección y discriminación, y por consiguiente hay éxitos y fracasos, españoles entrando y españoles saliendo, españoles integrados y españoles marginados.

Nosotros intentaremos ponernos dentro de la perspectiva del francés para examinar sus más espontáneas y sinceras reacciones, es decir, todo aquello que el emigrante español hallará de resistencia o de aceptación. Ver al francés tal cual se juzga a sí mismo cuando es sincero... En

Francia existe cada vez más innegable preocupación por la inmigración: un esfuerzo de toma de conciencia va surgiendo entre las minorías más sensibles a los problemas humanos a fin de sensibilizar la opinión para una acogida más fraternal y humana.

Queremos recordar también aquí el valor relativo de nuestras reflexiones para evitar una fácil generalización: esas reflexiones tendrán un valor más directo para lo que se ha venido en llamar el «gran París», en donde se ha instalado casi un tercio de la emigración española en Francia. Hemos querido dar, pues, a nuestra aportación una base documental dinámica por medio de la entrevista personal, ya sea a personas de responsabilidad política, sindical, etc., ya sea a simples trabajadores o responsables laborales franceses. Les hemos obligado un poco a juzgarse a sí mismos y a sus propias instituciones. Sin duda este esbozo exigirá un ulterior estudio más profundo. Para nosotros el intento primordial ha sido descubrir un poco el velo sobre la problemática en que se sumerge el trabajador español cuando decide emigrar a París.

Por fidelidad a los límites que nos hemos impuesto no trataremos los problemas específicos que plantea la agricultura, haciendo notar, sin embargo, que es (para muchos) el primer paso hacia el calvario de una ingrata proletarización de nuestra emigración de origen rural o campesino. Al pie de esa dura trayectoria ascensional se sitúa la industria de la «construcción», etapa de paso, que dura regularmente dos o tres años, a veces apenas unos meses, para desembocar muy a menudo en la industria metalúrgica, especialmente las fábricas de automóviles Simca o Citröen.

Los emigrantes españoles con experiencia laboral o calificación profesional, que pasan de la industria española a la francesa, siguen otro camino de promoción: tienen una marcada preferencia por la pequeña o mediana industria, como productos químicos, textil, orfebrería, etc., o también se insertan fácilmente en el llamado «sector terciario» o de servicios. Han encontrado una mayor viabilidad a su esperanza de promoción social, y por tanto de integración en la vida francesa.

En este recorrido el emigrante español suscitará reacciones más o menos favorables entre quienes encontrará a su paso: 1.º Reacciones del francés medio. 2.º Del francés compañero de trabajo. 3.º Del Estado y su política. 4.º Del empresario, jefe de personal o cuadro administrativo. 5.º De los Sindicatos y su política común, o de la específica de cada confederación.

I. EL CIUDADANO PARISIENSE JUZGA LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA.

Antes del año 1964 ha sido difícil encontrar en la prensa ordinaria artículos que sensibilicen la opinión pública sobre el problema de la emigración. A pesar de las campañas sobre los «bidonvilles» de españoles, portugueses, argelinos o africanos, situados en el norte de París (Plaine St. Denis, Courneuve, Stains, etc.) llevadas a cabo por la prensa y TV, no creemos exagerado decir que un 75 por 100 de los parisienses es insensible por desconocer el problema; y la razón es muy sencilla:

porque ha tenido ocasión de enfrentarse o «chocar» con él en la vida de cada día.

Pero hay vuelta con idéntica moneda: el desconocimiento es mutuo y absoluto. Españoles hay, especialmente entre las mujeres, que han pasado 25 y más años sin salir del «barrio», sin haber aprendido una palabra de francés. En ciertos barrios es más fácil encontrarse con un español que con un francés: hay en París verdaderos pedazos de España...

Este es uno de los fenómenos sociológicos más marcados del urbanismo parisiense: la formación de estos círculos socio-geográficos cerrados, de mutua defensa de los valores tradicionales, cada vez más apretujados por la venida de «nuevos» grupos étnicos emigrantes. Es notablemente sensible en la región norte de París el pequeño «ghetto» de los exilados políticos (Plaine St Denis), totalmente separado de las aglomeraciones recientes de los «emigrantes económicos» (Courneuve). Para la integración con el francés habría que romper por ambas partes muchas barreras: la lengua no sólo es barrera cultural, sino ya un inmediato factor de segregación geográfica. Los valores sociales reflejados en mil detalles, horario, organización de las diversiones, modo de educar, etc., seguirán un ritmo paralelo sin jamás encontrarse, al menos como fenómeno colectivo. Sólo los «escapados de órbita» podrán introducirse en una movilidad social en contraste con la postración en que yacían; algún medio inesperado de tipo económico ha venido a «despertarles» del sopor ambiental cerrado.

Ese mutuo desconocimiento del francés y español viene determinado y definido por el «habitat», con todo lo que encierra: vida de familia, de relaciones culturales, etc. No lo podemos definir como un pleno ignorarse, sino más bien un cierto «adivinarse», a veces un paralelismo de mutua «vigilancia», etc. De ahí brota el germen de una multitud de mitos, *slogans*, prejuicios que califican y sitúan a los otros grupos.

Sin embargo, hay un campo en el que plenamente pueden encontrarse los hombres, amoldarse unos a otros, reconocerse y sin duda apreciarse: ese campo es el puesto de trabajo. En él se opera una rica transfusión de valores que airea cada vez más los densos ambientes socio-geográficos, hasta lograr verdaderas evoluciones colectivas. Hacia esa nueva «fraternidad» y fuerza aglutinante del «tajo» converge toda clase de emigrantes. Mas a pesar de todo, no existen las mismas probabilidades de «encuentro social» para todos: también hay una «estratificación informal» entre las diversas corrientes raciales de emigración. El obrero francés tiene más probabilidad de encontrarse con un italiano que con un argelino, con un español que con un portugués. Juegan en ello tres elementos: 1.º La antigüedad relativa del movimiento masivo migratorio. 2.º La procedencia del ramo industrial o agrícola en el país de origen. 3.º El grado de preparación general y calificación profesional. Si hay un «encuentro social» o, mejor, un contacto permanente entre el español y el francés nunca llega a ser un fenómeno numéricamente importante, como veremos; y aún suponiendo que existe una amistad indudable entre español y francés, para éste la amistad resulta ser la

excepción, y el juicio peyorativo sobre la emigración global la regla general.

Cuando el francés enjuicia nuestra emigración, o simplemente, al español, suele incorporar en buena dosis un ingrediente: el peso de la *Historia*. Nadie ignora el paralelismo histórico hispano-francés, con sus frecuentes confrontaciones y convergencias: no es un criterio neutro, ya que siempre existirá una diferente perspectiva para enjuiciar sucesos comunes. Esa tendencia espontánea a la tergiversación mitológica ha tenido un canal: la rutina de la Historia simplificada de los libros escolares de texto, con la frecuente arenga épica de los fines de capítulo. No podemos olvidar que ese ha sido el alimento cultural de comprensión histórica para la inmensa mayoría. Los estudios serios y equilibrados no descienden a todas las capas sociales. Si hoy existe un cierto corrimiento de la valoración histórica tradicional hacia el futuro, hacia el progreso, como polo de interés, no deja de imprimir la historia sus huellas profundas en la mentalidad actual.

De ahí resulta un cúmulo de estereotipos que marcan el juicio global. Y no falta el caso en que ese juicio se manifiesta con toda espontaneidad ante el recién llegado de España. Este, viniendo generalmente del campo, no poseerá los más rudimentarios elementos de Historia, y, por tanto, quedará dolorosamente sorprendido por unas actitudes y expresiones cuyo fondo y motivación no puede captar.

Un segundo ingrediente viene a reforzar al anterior: *las divergencias políticas*. El sistema de Gobierno que tenemos en España preocupa profundamente al francés. Cree a pies juntillas que el régimen es totalitario, factor determinante de una vida política y económicamente insostenible. Dos hechos vienen a condicionar esta actitud. 1.º La invasión hitleriana: ello causa un instintivo horror a todo régimen totalitario, cada día más desprestigiado. Con facilidad, pues, se operará el *trasfer* en el juicio emitido sobre el régimen español. 2.º La hospitalidad francesa a los «exilados políticos»: fue la primera vez que los franceses empezaron a conocer la vida de los españoles fuera de los libros. La actitud republicana radical de muchos, el sentimiento de fracaso, de ira contenida, el hermetismo como testimonio de rebelión contra los hechos consumados, acabaron por cautivar la opinión francesa. Las persistentes campañas de radio contra la situación reinante en España han hecho el resto.

Desde hace unos años el fenómeno turístico ha venido corrigiendo la visión unilateral francesa de nuestros problemas. A pesar de su amplitud y aumento progresivo, sólo resulta un correctivo muy tímido de la opinión general. La razón es sencilla: el turista va a descansar, no hay que pedirle muchas conclusiones lógicas que supongan rectificación de juicios valorativos. Por otra parte, al francés le viene muy cuesta arriba aceptar una inmigración indiscriminada. En el fondo de esa actitud parece dibujarse un sentimiento *racista* de superioridad, delicadamente oculto por una fina educación cívica, pero a veces brutalmente manifestado en las apreciaciones más variadas por la gente de la calle. Ese

convencimiento de la superioridad racial busca espontáneamente justificarse con razones históricas y políticas cuando se trata del eterno «rival» español.

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS MANO A MANO EN EL TRABAJO

Aunque el caso no es tan frecuente, no deja de tener su importancia psicológica en el proceso de integración en el que está comprometido el emigrante español. El encuentro español-francés se realiza en tres tipos de situaciones: 1.º y más frecuente, el francés mantiene un puesto de mando o responsabilidad y el español, de súbdito en el trabajo. 2.º Ambos mantienen una igualdad relativa en el nivel profesional, y empujados por corriente de movilidad social, logran una satisfactoria promoción social. 3.º el caso extremo en que ambos se encuentran paralizados en la base de la escala social por impreparación profesional y aplastante competitividad en el mercado de la mano de obra.

1.º *Actitud de los «cuadros intermedios» franceses ante el obrero español:*

- Hace ya muchos años, prácticamente desde el final de la guerra mundial, muchos trabajos «ingratos» no han sido realizados por los franceses: han acudido a llenar este vacío manos extranjeras. Por un juego normal de estratificación, los franceses han tomado los puestos de mando. Y es en esta situación donde se encuentra con el español. A fuerza de costumbre les resulta terriblemente natural el mandar a «extranjeros»; de ahí la actitud fría del administrativo, que todo lo ve de arriba a abajo, simplificado, funcional.
- Como consecuencia inmediata, se establece una valoración del emigrante por nacionalidades, según el grado de utilidad, sumisión, aptitud o destreza en el trabajo. En este sentido el español es muy apreciado, porque trabaja mucho y habla poco.
- Cuando el español ha obtenido una cierta preparación profesional o tiene algunas cualidades de «líder» entre sus compañeros, no faltará la ocasión de ofrecerle algún puesto de privilegio que desvíe esas energías hacia los intereses patronales en perjuicio de los sindicales. Por desgracia, vista la gran dificultad de promoción por las vías más ordinarias, esa oferta, cada día más frecuente en ciertas industrias, es una tentación excesivamente fuerte para el español, quizá poco preparado y sensible a las razones de solidaridad colectiva y de «clase». En las industrias pequeñas el español arraiga con facilidad en un puesto «intermedio», quizá como responsable de equipo, etc., convirtiéndose en puente o enlace con la mano de obra más reciente de otras naciones. Con ello, casi sin darse cuenta, el español firma el contrato de venta de su propia libertad, y agrava las distancias entre la clase patronal y la masa deshumanizada de trabajadores extranjeros.

2.º *Encuentro francés y español a igual y relativamente alto nivel de promoción social.* Tal situación supone necesariamente un mínimo de 7 u 8 años de estancia en Francia, la supresión del obstáculo de la lengua y una abertura mutua: hay una transvase de valores que conduce a una integración casi total. ¿Acepta el trabajador francés tal promoción del español, en el campo laboral? ¿Acepta hasta el riesgo de ser superado por él? Sin duda alguna: el francés no desdén al trabajador español que decide y halla como él las posibilidades de una ascensión social. Para llegar a este punto se necesita una previa evolución de años de la mentalidad obrera española. La piedra de toque para este mutuo «consensus» es la actitud manifestada ante el sindicalismo. Cuando el obrero español llega a comprender que la solución no es «matarse» en el trabajo, sino una posición más exigente ante el patrono en lo que se refiere a los derechos y ventajas legales, desaparece todo prejuicio mutuo: hay mutua aceptación. Vencido el escollo principal, la comprensión se extiende rápidamente al terreno familiar y social, llegándose fácilmente al enlace matrimonial. Las mujeres francesas aceptan con gusto la mano del español que se desprende del círculo tradicional y quasi-tribal para intentar la aventura de integración en el mundo social francés.

- Existe otra vía de promoción más independiente para el emigrante español. Esa no supone el abandono de los propios valores en busca de una integración a lo francés. Se opera en los círculos cerrados y de intensa densidad de población española: seguirá, pues, unos modelos distintos, y el nivel superior está relativamente bajo en la escala general de la estratificación social. Esa categoría responde a una necesidad social: ha de cumplir una serie de «servicios» funcionales para la masa de trabajadores españoles recién llegados (marginados de la corriente de movilidad social), en especial en la organización del descanso y recreación. La composición de esta categoría es la clásica: pequeños comerciantes, y especialmente los dueños de bares y cafés. En algunos puntos de la región Norte de las afueras de París (Plaine St. Denis) casi un 20 por 100 de los cafés son propiedad de españoles, y a la vez centros de reunión tradicional para los obreros recién emigrados. Esa promoción que, con pocas variantes, se da de hecho también en España, en especial en núcleos de reciente urbanización, en París ha sido el medio de abrirse camino de un buen número de «exilados políticos», al mismo tiempo que ha sido ocasión de crear ambiente recargados de ideología política.

3.º *El español y el francés en un mismo trabajo de ínfima calificación profesional.* Aunque no muy frecuente, es una situación interesante, porque presenta una problemática muy específica. Las actitudes son, en general, de mutua desconfianza al principio; pero no resisten mucho tiempo a los lazos de amistad que ofrece la estrecha comunidad laboral. Si el español se comunica con naturalidad con el portugués, argelino, et-

cétera, lo hará también con el francés en idéntica medida, siempre que se de la ocasión. No pocas veces tendrá que oír el trabajador español la frase: «Vosotros venís a comer nuestro pan...» Pero esa actitud recelosa durará tanto cuanto dure el desconcierto del trabajador español. Este se siente naturalmente ofendido, y no sabe hallar una justificación suficiente para acallar el reproche. Mas cuando encuentra la respuesta precisa, y no tarda mucho en ello, el problema pierde su virulencia.

Más serios inconvenientes resultan de la actitud sindical que adopta el trabajador español frente al patrono o las condiciones de trabajo. Hay muchas razones que excusan al obrero español de medir las consecuencias de su actitud: la necesidad urgente e inmediata de dinero que enviar a la familia, la imposibilidad casi absoluta de emplear su tiempo libre en una sana diversión, la concepción misma de lo que es un sindicato... Todo ello le obliga a someterse, ante la menor presión, a las condiciones más absurdas de trabajo, salario, horario, etc. El caso típico de abuso patronal ante la inconsciencia del recién emigrado está totalmente cubierto por la ley: El S. M. I. G. (Salario Mínimo Industrial Garantizado) o sea, el salario mínimo legal, sólo tiene para el francés un valor de simple referencia económica, siendo los salarios normales muy por encima de este límite. El patrono no tiene más que aplicar este mínimo legal impunemente al abrigo de toda protesta individual.

Otro «truco» patronal muy frecuente: los horarios absurdos. Para el español el esfuerzo será doble: difícil adaptación al horario normal francés y al arbitrario ritmo horario de algunas empresas. Así, el español al principio pasa por todo eso: para él su ida a Francia es sinónimo de sufrirlo todo y callar; aceptar horarios nocturnos y prolongados o en días festivos, horas extraordinarias, etc., como lo había hecho siempre en España.

Esta actitud pasiva ante la más absurda explotación desencadena una actitud netamente contraria al emigrante, que demuestra de esta manera no tener una conciencia sindical medianamente despierta. Y se lo dirán a la cara: «Eres un vendido al patrón». Sin embargo es difícil que el trabajador español adquiera conciencia y reaccione debidamente antes de tres años de trabajo en Francia: el cansancio del sufrimiento pasado, el miedo al paro, a la inseguridad laboral, a las represiones patronales, le sumergen en esa actitud excesivamente servil.

Esa *interferencia en el combate sindical* causa la más grave y lamentable división obrera. A veces toma caracteres tan serios que, saltando los límites de la empresa, se convierte en problema profesional, con la particularidad de que de uno y otro lado hay imposibilidad material de comprender y excusar la posición del otro, porque ello supone una visión global de la doble perspectiva.

POLÍTICA DEL GOBIERNO FRANCÉS REFERENTE A LA INMIGRACIÓN

La política del Gobierno francés responde más a las exigencias económicas de la nación que a los sentimientos de los franceses. Dicha política viene frecuentemente dictada por los intereses patronales, siempre dentro de las directivas del V Plan de expansión económica.

La ley de 1932 que reglamenta la introducción de mano de obra extranjera, pretende ser más bien una protección de la mano de obra nacional; pone una serie de cortapisas a la inmigración, que hoy resultan contraproducentes. En efecto, la entrada de Francia en la CEE en 1957 por el tratado de Roma la incorpora a la política común entre los estados miembros de libre circulación de trabajadores, capitales y mercancías.

A raíz de esta evolución ha buscado Francia firmar convenios con los países exportadores de mano de obra. Con España existe un convenio que se extiende al contrato de trabajo, residencia, protección de la familia en caso de separación temporal, Seguridad Social, etc.

A pesar de todos esos esfuerzos contractuales, la sed de mano de obra española pone en evidencia la franca contradicción entre la legislación y la política económica. Se sigue la regla del «hecho consumado»: se hace la vista gorda a todo trabajador que pasa la frontera como «turista». Bastará que encuentre un empresario que decida correr el riesgo de mantener al trabajador durante tres meses, para que éste pueda con todo derecho normalizar su situación en Francia.

Si examinamos las causas de esta política nos daremos inmediatamente cuenta que juegan algunos factores histórico-sociológicos que conviene no pasar por alto. No pretendemos ser exhaustivos en su enumeración, sino llamar la atención sobre los más importantes: esa sed de mano de obra viene determinada por la política de expansión económica, como se dijo, por una notable democratización de la enseñanza, por una regresión de la población «activa» a causa de las pérdidas humanas de la última guerra mundial, por la extremadamente baja tasa de natalidad de la generación anterior, a pesar de la política favorable a la natalidad por los subsidios familiares, etc. No hay duda que no es menos importante el motivo de esa permanente presencia de la emigración: aburguesa al francés, quien, cada vez más, se niega a hacer ciertos servicios más bajos que ha visto hacer siempre a los extranjeros.

A cambio de la aportación del emigrante extranjero, el Gobierno francés le reconoce una paridad legal al trabajador nacional en materia laboral. La mayor parte de los «handicaps» que hallará el español inmigrado tendrán origen en el desconocimiento de la legislación en vistas a aplicarla según su propio derecho.

EL EMPRESARIO ANTE LA INMIGRACIÓN ESPAÑOLA

En Francia la categoría empresarial forma una «clase social» muy definida, fuertemente marcada por el hecho de tener en sus manos una parte importante del poder económico, y bajo su dependencia práctica una aplastante masa de obreros no cualificados. Cuanto más calificado es el personal de una empresa, tanto menor es la distancia que salvar para el diálogo, tanto mayor es la posibilidad de comprensión mutua. La distancia máxima se verifica cuando una sociedad anónima se reparte los beneficios de unas empresas que aglutinan un fuerte contingente

de mano de obra escasamente cualificada, extranjera y recientemente llegada.

Ante una dirección administrativa y deshumanizada, ¿cómo entablar diálogo? La legislación, fruto muchas veces de victorias sindicales pasadas, es la única garantía de defensa para el obrero: su desconocimiento es la contrapartida del patrono. Este organiza en función de eso toda su estrategia hasta lograr disminuir el coste de la mano de obra a límites increíbles. Los rasgos más salientes de ésta son los siguientes:

- *Una fácil y plena aceptación del emigrante.* Porque:
 - * Es la mano de obra más barata y menos exigente.
 - * Llena los puestos que deja vacíos el francés.
 - * Es la mano de obra que más se presta al impune incumplimiento de la legislación social.
 - * Es el mejor instrumento de lucha contra el espíritu sindical, y contra los mismos sindicatos obreros.

- *Una discriminación racista e utilitaria:*
 - * El elemento «raza» cuenta demasiado en el momento de distribuir el trabajo. Hay toda una clasificación basada en ese perjuicio. Tardarán años los argelinos o congolese hasta que puedan reaccionar ante esta situación. El problema para el español actualmente está en resolver este dilema: sacrificar en cierta manera su promoción y seguir la lucha común desde abajo con toda la masa de emigrantes, o ceder a la tentación patronal aceptando algún cargo «intermedio», camino abierto a una pronta y rápida promoción. Es la pulverización del espíritu obrero.
 - * La abundancia de mano de obra en el mercado permite ciertos lujos, como, por ejemplo, los despidos a las más mínima causa de todos los inconformes o «no gratos». Con ello se organiza el fluo y reflujo de mano de obra de una empresa a otra en busca de un salario mejor. Esa movilidad resulta más barata al patrono que no tiene que prever aumentos por antigüedad, etc.
 - * Otro medio de provocar la movilidad se realiza obturando los dispositivos de promoción en la distribución de los puestos de trabajo. De esta manera, quienes sienten la posibilidad de desarrollar mejor sus cualidades, se ven obligados a pensar inmediatamente en un cambio de empresa, con todo lo que supone de riesgo de fracaso para el emigrante. Este fenómeno es ciertamente frecuente en la industria metalúrgica de la región norte de París, especialmente en las fábricas de automóviles Simca y Citroën.
 - * La acción patronal tiene medios «especializados» de intimidación para los obreros españoles, si les ocurre la tentación

de mostrar su simpatía por la actividad sindical. Bastará simplemente una amenaza de «ponerlos en la frontera» (aunque en realidad es difícil el hacerlo...) o de «acusarlo de comunista» ante las autoridades españolas. Aunque parezca inverosímil, es un medio frecuente y relativamente eficaz: el miedo de los irreal se apodera por un buen período de tiempo, hasta que por sí o por otros compañeros llegan a comprender la fantasía de tales amenazas.

- * Un último «truco», digno del ingenio patronal: la creación del propio sindicato de «fábrica» exclusivo para los trabajadores de la misma. Tal es el «Sindicato Independiente», en la Simca. El trabajador español paga su «cuota» creyendo hacer lo más acertado, da su voto en las elecciones a tal sindicato, vistas las «facilidades» que la empresa otorga al mismo. Tal actitud es una muestra de la asimilación de la estructura sindical española, y su peligrosa trasposición.
- * En la industria de la construcción no existen apenas posibilidades de actividad sindical organizada. La misma naturaleza del trabajo exige una extrema movilidad de personal, y por una simple política de distribución en pequeños equipos de trabajo se obtiene la pretendida disolución de todo brote reivindicativo de tipo sindical.

Resumiendo la doble vertiente de la actitud patronal, podemos afirmar que existe por una parte un deseo manifiesto de aprovechar los miedos políticos, las desorientaciones de recién emigrados, el desconocimiento de la legislación, la multiplicidad racial indiscriminada, la ínfima calificación profesional, etc. Por otra parte, un cuidado extremo en extirpar todo espíritu sindical por el alejamiento sistemático de las grandes confederaciones CGT o CFDT en el ámbito de la empresa.

IV. ACTITUDES SINDICALES FRENTE A LA INMIGRACIÓN ESPAÑOLA

1.º *Actitudes comunes:*

Frente a la estrategia patronal sólo los sindicatos levantan la voz. Ante el problema de la inmigración, las grandes confederaciones sindicales se han puesto de acuerdo en la reivindicación de ciertos principios generales:

- a) Contra la política gaullista que, por una negligencia en el control de las fronteras permite la entrada semi-clandestina, los sindicatos exigen se impida toda entrada de extranjeros que no tengan las garantías de ser acogidos, alojados y promovidos de una manera más humana.
- b) Contra los defectos de la legislación, pedirá una paridad real del trabajador inmigrado con el nacional, ya sea en la manera

de hacer convenios internacionales, ya sea exigiendo el reconocimiento del derecho de ser elegidos los extranjeros delegados sindicales en las empresas nacionales donde hay más de un 50 por 100 de personal extranjero. La legislación, que determina sólo un 10 por 100 de extranjeros, ha sido corregida por un Decreto en el que permite a los empresarios que lo pidan previamente aumentar sin límites la mano de obra extranjera. De ahí nace un desequilibrio de representación sindical, puesto que la ley sobre la participación sindical de los extranjeros ha quedado intacta.

- c) El sindicato procura hacer abstracción de nacionalidades: todos son igualmente aceptados, más por ser «obreros» y formar con todos los demás la solidaridad de la clase obrera, que por razones de origen o procedencia. Para todos un esfuerzo igual de las confederaciones en materia de formación. No se juzgará inútil ese esfuerzo, a pesar del peligro que tienen los emigrantes de volverse a su patria después de pocos años: lo esencial es despertar la conciencia sindical para el combate obrero, sea en donde sea la trinchera.
- d) Para combatir la ignorancia y desorientación ante el burocratismo legal, poco a poco se van estableciendo oficinas de consulta regionales para ayudar al trabajador a desenvolverse por sí mismo en los conflictos laborales más ordinarios.

2. *La Confederación General del Trabajo (C. G. T.)*

El matiz más específico del «sello cegetista» es el baño político que se da intencionadamente a toda acción sindical. Es un factor de arrastre y da buenos resultados. No sólo hay que luchar por tener más salarios, sino para que los «americanos salgan del Vit-Nam». El baño político de un marco idealista que desemboca con facilidad en una cierta «mística obrera». Intelectualmente justifican su posición afirmando que el obrero posee un juicio valorativo de los acontecimientos con pleno derecho a expresarlo, aunque no se lo pidan.

Existe también un *radicalismo en ideas y realizaciones*: lucha de clases sistemática, justificación de los medios por el fin, etc. Es un perfecto reflejo de la influencia del P. C. en las filas de la C. G. T.

De ahí la doble estrategia de captación de masas y reclutamiento de personal:

- a) Mantenimiento cuidadoso de una masa de simpatizantes por una propaganda intensa y constante. Para los españoles, además de multitud de hojas volantes, publican la hoja mensual «Unidad», siempre con la doble orientación política y sindical. El diario *l'Humanité* es vendido cada domingo por voluntarios en los «bidonvilles» de París (Corneuve).

- b) Hacer círculo cerrado de influencias a nivel de fábrica: obstaculizar la entrada de las otras confederaciones sindicales, para asegurar así una continuidad presentando listas únicas sindicales en las elecciones de delegados. No es tan frecuente la pluralidad efectiva a nivel de las empresas. Hasta, si es necesario, se llegará al pacto con la dirección... Más que una política de selección de los miembros, se busca el voto necesario del mayor número posible de trabajadores. El P. C. se encarga de los puestos clave dentro de la CGT.
- c) Integración y paridad absoluta en el plano sindical entre emigrante y francés. Reuniones, consignas, formación, etc., todo tendrá una base común, evitando todo lo que pueda significar separación. La barrera de la lengua dificulta la sindicación del «emigrante económico», mientras que cierta comunión de ideas y sentimientos político permite la frecuencia sindicación de los «exilados políticos».
- d) Aprecio de la calidad sindical del trabajador español.

La CGT tiene fe en la aportación sindical del trabajador español. Reconoce el temple sindical por las acciones llevadas a cabo en Francia por algunos exilados políticos. Para el emigrante económico bastan unos años de pedagogía cegetista. Vencidas las barreras de la lengua, inseguridad laboral, miedos políticos, etc., hay que llevarle a descubrir lo que es realmente un sindicato, contra su concepción habitual de que es una «oficina de reclamaciones». Para conseguir esta evolución, la CGT se aprovecha de la situación privilegiada que tienen los hijos de los exilados: saben castellano y, como franceses que son, pueden ser elegidos delegados sindicales en la empresa.

3. *Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT)*

La CFDT, después del Congreso de noviembre de 1964 que decidió la deconfesionalización, ha obtenido una notable expansión. Dentro de esta nueva etapa se inician una serie de actividades de cuño nuevo entre los emigrantes españoles y portugueses de la región norte de París. Los rasgos de su «política» en esta ofensiva son los siguientes:

- a) *Un equilibrio doctrinal:* Su tesis no es la lucha total, sino sólo cuando no hay esperanza de diálogo. En la práctica la CFDT no ha perdido nada de su combatividad, por la extremada frecuencia en que el diálogo resulta imposible. La Doctrina Social de la Iglesia inspira los principios de acción, todo dentro de una libertad y autonomía absolutas en el terreno sindical. Esta concepción influye en el modo de defender los derechos de los extranjeros en el problema global de la inmigración.
- b) *Distinción absoluta entre los planos sindical y político.* No es un simple desprecio de lo político, sino una voluntad de permanecer constantemente en terreno propio. Mientras que la

CGT pedía a sus afiliados para las elecciones presidenciales el voto para el candidato de izquierdas, la CFDT dio expresa libertad a sus miembros de votar según la conciencia personal, alegando que sólo en materia sindical puede y debe dar consignas.

Esa voluntad de prescindir del arma política dificultará bastante su expansión, ya que la masa obrera necesita una corriente magnética que la sacuda y ponga en tensión. Sin embargo, para la emigración española en concreto resulta ser un factor favorable, por la alergia manifestada a todo lo que es política. Una vez se ha logrado informar plenamente al trabajador que el sindicato no es político, el español no vacila en sindicarse.

c) *Sistema selectivo de reclutamiento.*

La CFDT no es un sindicato de masa, ni pretende serlo. Ello no significa que no vaya a la masa obrera o la descuide, sino que no quiere servirse de ella como instrumento o juguete para sus fines. Por la dificultad de entrar en las fábricas donde hay mayoría CGT, para la captación de los españoles se optará por comenzar por el *barrio*, y no por el puesto de trabajo, en donde la captación supondría un combate inútil.

Más que una propaganda de masa, la CFDT busca detectar los valores sindicales para convertirlos en militantes. Así la labor es lenta, casi siempre son minoría en las votaciones. Sólo la balanza se inclina a su favor cuando se han obtenido un cierto número de militantes activos que han sido capaces de atestiguar por las obras su desinterés y entrega.

En teoría la CFDT defiende la integración total del trabajador español en el combate sindical francés. No dudará, sin embargo, en usar unos procedimientos prácticos de formación adaptados a los españoles, por ejemplo, reuniones especiales, la edición de la hoja «unidad sindical», etc.

d) *Militantismo más que política de masas.*

La CFDT es democrática. Pero los principios doctrinales, la exclusión de la política, el sistema de captación, etc., dan una fisonomía particular a la confederación. Busca no una «simple conquista» para la causa, sino una profundización de la responsabilidad sindical en sus miembros: hace militantes, y con ello obtiene una sólida articulación de toda la estructura. En sustitución de un ideario político, apoya la CFDT el peso de una inquietud religiosa que busca en el «compromiso temporal» el pleno desarrollo de las propias posibilidades. El sindicalismo es la vocación más estable y positiva, y que mejor llena las exigencias del «compromiso temporal». La CFDT encuentra dificultades en incorporar este elemento cuando se trata del emigrante español: la antigua sigla CFTEC les alejaba, la nueva, CFDT, de el sentimiento religioso, que impide captar la relación fundamental de deber moral y acción sindical. El temperamento

algún tanto extremista del español hace pasar con facilidad de un catolicismo de fachada, tradicional y simplemente sociológico, a declararse plenamente comunista. El proceso, pues, de toma de conciencia es más lento y penoso.

CONCLUSIÓN

Hay que tener en cuenta el abismo que salta el emigrante español cuando decide salir de su pequeña aldea para instalarse en París, para comprender el triste balance de «marginados» y fracasados que va acumulando la emigración. Es un salto de siglos: de la antigua sociedad tradicional, mantenida aún en algunos núcleos campesinos, al sistema industrial y proletarizante de la sociedad laboral y urbana de París. No es extraño que cause un verdadero colapso en la vida personal y social del emigrante.

Nuestra visión sucinta, más que un recuento de dificultades materiales, ha querido ser un breve análisis de las inmensas frustraciones psicológicas. Ciertamente, hemos tomado una perspectiva determinada, y no permite establecer el balance complejo de beneficios y perjuicios que deja tras sí la emigración. Solamente hemos preparado un poco mejor el camino. Conocer y amar lo que se deja no basta. Se impone también conocer y amar lo que se encuentra. No hay integración posible sin un principio de simpatía por el «otro». Y muchas veces no hay otro medio de empezar si no es rompiendo el hielo de la indiferencia enquistada en los ambientes cerrados, para hacer posibles los primeros pasos hacia una comprensión histórica en vista a una unidad total y sincera.